

## COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS

MÍNGUEZ CORNELLÉS, Víctor, *Los reyes distantes. Imágenes del poder en el México virreinal*, Servicio de Publicaciones de la Universitat Jaume I, Castellón, 1995.

Como es sabido, el proceso de descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo ha sido uno de los fenómenos históricos que más imágenes ha generado y que más imágenes ha necesitado también a la hora de explicar, describir y, en ocasiones, justificar la empresa americana. *Los Reyes distantes*, el nuevo libro que acaba de publicar alguien que conoce bien la importancia del poder de la imagen, como es el doctor Mínguez Cornelles, se ocupa de una parte de la producción iconográfica generada por el descubrimiento de América; se ocupa de la imagen del poder, de la imagen del rey, cuya difusión por tierras lejanas se hizo enormemente necesaria para el mantenimiento de las estructuras socioeconómicas y políticas instaladas en el Nuevo Mundo. Si ha existido un lugar en el que era necesario potenciar como en ningún otro la imagen del príncipe y del rey, ese lugar fue América. Ante la imposibilidad de que los monarcas viajaran a sus reinos ultramarinos y ejercieran con el viaje ese importante efecto dominador, será la imagen del rey la que tenga que viajar, ser homenajeada y presidir los actos públicos y políticos.

Estas imágenes de la monarquía creadas por y para América tenían una doble función: por un lado, era necesario recordar a los depositarios del poder real en América que aquéllos eran precisamente esto, representantes del poder monárquico y que éste estaba por encima de ellos; por otro lado, un determinado grupo de estas imágenes vendrán a contrarrestar el efecto desacreditador de aquéllas que, sobre la relación de España con el Nuevo Mundo, se gestan en algunos países europeos en el siglo XVII. Se trata de imágenes cultas y eruditas ajenas a cualquier posibilidad de mestizaje cultural o iconográfico, pues, en definitiva, estamos ante una forma más de expresión del arte aúlico.

Toda esta serie de circunstancias explican los sutiles matices iconográficos que diferencian las imágenes monárquicas del viejo continente de aquellas creadas para el mundo americano. Esta diferenciación icónica y su análisis constituye una de las más importantes aportaciones del libro. Como bien dice el autor, ante la ausencia y desconocimiento de la imagen verdadera del rey, la imagen ideal se constituirá en el único icono de la monarquía, permitiendo así un mayor distanciamiento entre la imagen real y la imagen ideal.

Comienza el libro precisamente con las reflexiones del autor sobre el aspecto en el que mejor se puede difundir la imagen de la monarquía española, como es la fiesta

barroca. Como en el viejo continente, la fiesta barroca en el Nuevo Mundo será uno de tantos mecanismos de poder y de afirmación monárquica, como ya analizara Francisco de la Maza y más recientemente el profesor Morales Folguera para el caso de Nueva España. Son, en efecto, las fiestas y celebraciones públicas los actos en los que mejor se puede difundir la imagen del rey y del gobernante; son el lugar propicio para verter conceptos virtuosos y ejemplares en las imágenes aúlicas.

Ante la ausencia del monarca, el virrey y el arzobispo, en cuanto que depositarios de los poderes del rey, ocupan un destacado lugar en la iconografía política del Nuevo Mundo. Este aspecto de la iconografía merece el autor un interesante capítulo, advirtiendo el doctor Mínguez en el mismo la gran distancia cultural e ideológica de los temas históricos y mitológicos grecorromanos en el Nuevo Mundo. Este aspecto resulta de gran interés para acercarnos al análisis de la transmisión de la cultura clásica al mundo iberoamericano. Interesante es también advertir la semejanza conceptual que se establecerá entre el virrey y algunos mitos, como es el caso de Mercurio, en cuanto que «virrey» de Júpiter, cuya identificación en el mundo europeo con el rey es frecuente en el arte efímero de las entradas triunfales de los siglos XVI y XVII. No falta, sin embargo, la repetición de esquemas de relación analógica del virrey con los mismos motivos con que se relacionaban al rey en Europa, como es el caso de Hércules. Concluye este capítulo con el estudio de una entrada triunfal de gran interés desde el punto de vista iconográfico como es la de el virrey José Sarmiento de Valladares en Puebla de los Ángeles en 1697, pues se trata de la única entrada triunfal novohispana cuya crónica se ilustra con los jeroglíficos utilizados para la decoración de los aparatos temporales edificados para aquella ocasión. Jeroglíficos en los que existe una clara relación con los del *Hypnerotomachia Poliphii* de Francesco Colonna.

El análisis de los analogismos que se establecen en el arte efímero novohispano entre el gobernante y el mito, ocupa otro interesante apartado de la publicación. Las exequias en ciudad de México por la muerte de Felipe IV en 1666, la proclamación de Felipe V en Guadalajara en 1701 o la de Fernando VI en la capital mexicana en 1747, son algunos de los acontecimientos que se analizan para ilustrar este aspecto, advirtiéndose cómo la llegada de los borbones no supuso un cambio de planteamiento iconográfico con respecto a la utilización del mito en relación con la imagen del gobernante. Hércules, Ulises, Jasón, Teseo, Neptuno, etc., son, como en Europa, los referentes mitológicos del monarca en el mundo del arte efímero novohispano, revelando una actitud mimética con respecto al arte español de los siglos XVII y XVIII de la misma naturaleza.

De gran interés resulta el capítulo siguiente, que debemos clasificar entre los más interesantes del libro, pues se dedica a uno de los símbolos de lo real que mejor van a instalarse en el Nuevo Mundo. Se trata de la imagen solar del rey, uno de los principales atributos simbólicos de la realeza en la cultura barroca. A las ventajas iconográficas y posibilidades didácticas de la relación simbólica entre lo solar y la realeza ya conocidas en Europa se añadía en el nuevo continente la implantación prehispánica de lo solar como signo positivo. Este hecho explica la importante proyección de la imagen solar en los virreinos americanos y su supervivencia hasta finales del siglo XVIII, cuando ya otros símbolos perecen, como es el caso de

aquellos extraídos de la mitología. Por otro lado, la imagen solar del monarca de extensos dominios, del monarca distante, sería hábilmente utilizada en las colonias españolas de América, como bien nos muestra el doctor Mínguez, especialmente durante el reinado de Carlos II. Como es lógico, el jeroglífico será la mejor forma de expresión de este tipo de esta asociación entre la monarquía y lo solar.

Seguidamente el autor nos introduce en el tema de la representación icónica de la dinastía, en cuanto que recurso que manifestaba la necesidad de la continuidad de la realeza, lo que en los territorios americanos resultaba altamente útil. Este factor y la distancia física del monarca en cuanto individualidad obligará a potenciar la imagen del monarca en cuanto colectividad, es decir, la dinastía. Este tipo de recurrencias simbólicas resultaba especialmente necesaria en los programas iconográficos de las exequias reales. Circunstancias de esta índole explican, como bien señala el autor, que este tipo de imágenes no se vean afectadas por la llegada de la dinastía borbónica, como sí ocurre en el caso de las expresiones artísticas y simbólicas creadas para la metrópolis.

Un tema querido y conocido por el autor, como es el de la imagen de la reina, ocupa uno de los últimos apartados del libro, en el que advertimos las semejanzas entre las imágenes de la reina en Nueva España con las que se generaron en España entre los siglos XVII y XVIII.

Si las imágenes que reflejaban la lealtad de los súbditos para con el monarca, así como aquellas en las que el rey hacía pública manifestación de sus desvelos por aquéllos, constituyen una destacada parte del programa iconográfico de las entradas triunfales de los reyes españoles desde el siglo XVI, en el caso americano este aspecto icónico adquiere mayor protagonismo y su significado alcanza su más completa dimensión. Mensajes como la lealtad ciega de los súbditos, la vocación americana de los soberanos, los beneficios que se derivan a las colonias del gobierno hispano, etc., era necesario repetir con insistencia en las celebraciones de carácter aulico de las colonias del Nuevo Mundo. Era preciso proclamar la idea de que la distancia en el aspecto se traducía en la proximidad del afecto del monarca para con súbditos tan lejanos. En los orígenes de toda la interesante iconografía que generará esta idea se encuentra el programa iconográfico del catafalco de la ciudad de México de 1559 para las honras fúnebres de Carlos V. Las representaciones narrativas y figurativas de esta temática han enriquecido el repertorio de imágenes de América y sus protagonistas. No faltarán tampoco alegorías y emblemas para la expresión de este concepto.

Por todo ello, para aquellos investigadores cuya trayectoria se desenvuelve entre lo iconográfico y lo iberoamericano, este tipo de publicaciones resulta altamente atractiva. Libro útil, por tanto, para los estudiosos del mundo de la iconografía, para los interesados por la producción artística del Nuevo Mundo y, además, para los que quieran adentrarse en el apasionante tema de la imagen de América. En efecto, el libro es una importante aportación al conjunto de imágenes que, tanto uno como a otro lado del Atlántico, generó desde finales del siglo XV el Nuevo Mundo. Imágenes de descubrimiento, de conquista, de riqueza, de barbarie y, cómo no, de poder y de legitimación. Abundantemente documentado con textos de crónicas y otras creaciones literarias, ve la luz una nueva publicación para bien de la investigación del

complejo fenómeno americano, para cuya mejor comprensión es preciso asomarnos también a este tipo de manifestaciones artísticas y creaciones literarias.

Francisco JAVIER PIZARRO GÓMEZ

